



Queridos amigos!

Es un placer estar hoy aquí con todos vosotros en este bello, emblemático y elegante lugar de emociones, querido Teatro Arriaga, un espacio familiar que me hace sentir “como en casa”.

En primer lugar, quiero agradecer a la Fundación Sabino Arana su decisión de otorgarme y reconocerme con este importante Premio.

Los honores los acepto en la medida en que a través mío se valore el rigor, la disciplina, el estudio y la exigencia de todos aquellos que nos dedicamos a la Música.

Y siento que en mi persona, este colectivo musical está recibiendo también el Premio “Sabino Arana” por su enorme vocación de servicio a la sociedad y su capacidad ilimitada de darse a los demás.

Dirigir es dar, dar y darse, escuchar al otro, intercambiar energía con él, y recibir a cambio tanto... quizás sólo para seguir sintiendo la necesidad de dar aún más, en continua búsqueda de aquello que anhelamos y que quizás nunca conseguiremos.

Pero hoy también es momento para que pensemos ¿por qué estoy aquí?, ¿por qué se me concede este honor?, ¿por qué estoy donde estoy?

Y ahora es cuando inicio un Canto- Txomin, un canto como tú, aquí-, un Grito bello, pero GRITO, para reivindicar la educación musical en la escuela. Por eso estoy aquí, porque de manera altruista Antxon Lete me invitó a cantar -como tú, Txomin- en una escolanía en el Colegio Samaniego que lideraba junto con la directora, Maria Ángeles Álvarez, y juntos apostaban por una educación humanista en tiempos muy difíciles, no como ahora que se apuesta por la Q de Calidad, las matemáticas, la informática, el inglés, los deportes, el Ipad, las pantallas...; no, es algo más importante, estamos hablando de humanismo.

¿Hay algo más importante que escuchar resonar tu voz internamente, que oír tu sonido interno, que aprender a escuchar al otro, al que está al lado tuyo y juntos construir algo bello?

¿Hay una mejor escuela para respetar en nuestra sociedad al otro?

“El pueblo vasco canta” ... se decía antes, como cuando dirigí a 2.000 niños cantores en Anoeta. Quizás ahora debemos utilizar el tiempo verbal “cantaba” (o por lo menos menos que antes).

Estimadas instituciones públicas de la Educación y la Cultura: pongamos un director de coro, un músico en cada una de las escuelas de este país, en cada ikastola e invirtamos en el futuro de nuestra sociedad, que nos es otro que la base. En nuestros niños con 6 ó 7 años que pueden aprender a hablar y leer sin ningún tipo de problema aunque esté escrito, y también sin ningún tipo de problema podrían cantar y leer una partitura musical sin hacer un mínimo esfuerzo. Démosles las herramientas de un rico lenguaje humano.

Pero hoy no puedo olvidar a otras muchas personas que me han acompañado y guiado en este afortunado camino:

En primer lugar, al centro neurálgico de mi educación, que como todos ustedes saben no es otro que nuestros padres: mis padres. Gracias, ama, por estar otra vez conmigo.

A Feliciano que me enseñó a tocar el txistu y a disfrutar del folklore en pasacalles interminables en nuestro frío barrio de Zaramaga, en Vitoria.

JUANJO MENA

A José Ángel Cuerda que tanto hizo por la música y por la sociedad gasteiztarra.

A mis profesores del Conservatorio que me aguantaron lo que no se pueden ustedes ni imaginar y a los compañeros de la Banda Municipal.

A mis 100 niñas de la Escolanía “Niño Jesus” que me enseñaron “lepe”.

A mi reivindicativo “Cluster Camara Chorus”.

Al cincuentenario Coro Araba que hace 25 años permitió que dirigiera por primera vez la BOS, en su aniversario, la Bilbao Orkestra Sinfonikoa.

Pero muy especialmente en esta ciudad de Bilbao, a la que tanto debo, no puedo olvidar a la persona que me enseñó a amar esta ciudad, a querer al Athletic, a la persona que recibió hace 25 años este premio “Sabino Arana”, a Carmelo Bernaola, mi maestro, mi mentor, mi guía. Y también a otros que estaban con él en aquella época y que son muy importantes para mí como su amigo del alma, Antxon Zubikarai, que tanto me enseñó a amar nuestra música vasca.

O a Koldo Narbaiza, compañero incansable y amigo vital en tantos proyectos por la cultura base de este país, como Zenarruza, el Aita Patxi.

No puedo olvidar a la persona, tampoco, a la que me acompaña, mi manager, Humberto Oran, aquí presente, por compartir conmigo todo lo bueno y malo.

A Georgina Williamson, mi Personal Assistant, porque, realmente, ella es la que me salva la vida...

A Jaime Arrese por el apoyo incondicional y sus siempre sabios consejos.

Y por supuesto a todos los miembros de la Orquesta Sinfonica de Bilbao que me aguantaron en ensayos y tanto me enseñaron en conciertos. A Josu Bergara por todo su apoyo.

A Humberto Cirarda por todo lo que me dio y me enseñó.

A la ABAO, por su confianza en mi trabajo.

A todo el público y aficionados de Bilbao que me arrojaron y aplaudieron incondicionalmente.

De todos ellos es este premio...

Y por último a mi familia, a mi querida mujer Noemí, y a mis hijos Alain y Klara, porque sin ellos, esto no sería posible.